

el bravo Retógenes una enérgica y animada pintura de la angustia en que se encontraba Numancia, recordándoles la infamia y deslealtad de los romanos, la destrucción de Caucia, el rompimiento de los tratados de Pompeyo y de Mancino, las crueldades de Láculo, la esclavitud que aguardaba á todo el país si Numancia sucumbía, concluyendo por conjurarles que diesen ayuda y socorro á los numantinos, sus antiguos aliados. Y como algunos de ellos movidos de su discurso vertiesen lágrimas, *No lágrimas*, les dijo, *brazos es lo que necesitamos y os venimos á pedir*. Pero una sola ciudad, *Lutia*, fué la que se atrevió á arrostrar el enojo de los romanos, y la única que sin tener en cuenta las calamidades que podía atraerse sobre sí, no se contentó con un inútil lloro, sino que se aprestó á sacrificarse por su antigua amiga. Sacrificio fué por desgracia mas loable que provechoso, porque avisado de ello Escipion oportunamente, púsose apresuradamente sobre la ciudad generosa, y haciendo que le fuesen entregados cuatrocientos jóvenes, con la crueldad que en aquel tiempo se usaba les hizo cortar á todos las manos. Con esto acabó toda esperanza para los infelices numantinos. A la madrugada siguiente estaba ya otra vez Escipion sobre Numancia.

Todavía los sitiados tentaron enviar un mensaje á Escipion. Admitido á la presencia del cónsul: «¿Has visto alguna vez, oh Escipion, le dijo Aluro, el jefe de los legados, hombres tan bravos, tan resueltos, tan constantes como los numantinos? Pues bien, estos mismos hombres son los que vienen á confesarse vencidos en tu presencia. ¿Qué mas honor para tí que la gloria de haberlos vencido? En cuanto á nosotros, no sobreviviremos á nuestra desgracia si no miráramos que rendimos las armas á un capitán como tú. Hoy que la fortuna nos abandona, venimos á buscarte. Imponnos condiciones que podamos admitir con honor, pero no nos destruyas. Si rehusas la vida á los que te la piden, sabrán morir combatiendo; si esquivas el combate, sabrán hundir en sus pechos sus propios aceros, antes que dejarse degollar por tus soldados. Ten corazón de hombre, Escipion, y que tu nombre no se afee con una mancha de sangre.» A tan enérgico y razonado discurso contestó Escipion con helada frialdad, que no le era posible entrar en tratos, mientras no depusiesen las armas y se entregasen á discreción.

Acabó tan desdeñosa y bárbara respuesta de exasperar á los numantinos, que pesarosos ya y abochornados de haber dado aquel paso, buscando en quién desahogar su rabia hicieron víctimas de su desesperación á los enviados que habían tenido la desgracia de volver con tan fatal nueva. Cegábalos ya la cólera. Hombres y mujeres se resolvieron á vender caras sus vidas, y aunque extenuados ya por el hambre, vigorizados con la bebida fermentada que usaban para entrar en los combates, salen impetuosamente de la ciudad, llegan al pié de las fortificaciones romanas, y con frenéticos gritos excitan á los enemigos á pelear. ¿Pero qué podían ya unos pocos millares de hombres enflaquecidos contra un ejército entero, numeroso y descansado? Innumerables fuerzas acudieron á rechazar á aquellos heróicos espectros: muchos murieron matando: otros volvieron todavía á la ciudad. Pero las subsistencias estaban agotadas; nada tenían que comer; los muertos servían de sustento á los vivos, y los fuertes prolongaban algunos momentos á costa de los débiles una existencia congojosa; la desesperación ahogaba la voz de la humanidad, y aun así la muerte venía con mas lentitud de la que ellos podían sufrir. Para apresurarla recurrieron al tósigo, al incendio, á sus propias espadas, á todos los medios de morir; padres, hijos, esposas, ó se degollaban mutuamente, ó se arrojaban juntos á las hogueras: todo era allí sangre y horror, todo incendio y ruinas, todo agonía y lastimosa tragedia. ¿Cadáveres, fuego y cenizas, fué lo que halló Escipion en la ciudad! Y aun tuvo la cruel flaqueza de mandar arrasas las pocas casas que el fuego no había acabado de consumir.

Tal fué el horrible y glorioso remate de aquel pueblo de héroes, de aquella ciudad indómita, que por tantos años fué el espanto de Roma, que por tantos años hizo temblar á la nación mas poderosa de la tierra, que aniquiló tantos ejércitos, que humilló tantos cónsules, y que una vez pudo ser vencida, pero jamás subyugada. Sus hijos perdieron antes su

vida que la libertad. Si España no contara tantas glorias, bastaría haber tenido una Numancia. Su memoria, dice oportunamente un escritor español, durará lo que las historias duraren. Cayó, dice otro erudito historiador extranjero, cayó la pequeña ciudad mas gloriosamente que Cartago y que Corinto.

Parecia que la independencia de España estaba destinada á sucumbir á los talentos militares, para ella tan funestos, de la ilustre familia de los Escipiones. El destructor de Numancia añadió al título de *Africano* el de *Numantino*, y triunfó en Roma, donde no hubo una voz que le acusara de injusto y de cruel.

«Pienso que no habrá nadie, dice Rollin, el mas admirador de los romanos, y principalmente de los Escipiones, que no compadezca la suerte deplorable de aquellos pueblos heróicos, cuyo solo delito parece haber sido el no haberse doblegado jamás á la dominación de una república ambiciosa que pretendía dar leyes al universo.» Floro dice expresamente «que nunca los romanos hicieron guerra mas injusta que la de Numancia (1).... No me parece fácil justificar la total ruina de esta ciudad. No me maravilla que Roma haya destruido á Cartago. Era un rival que se habia hecho temible, y que podia serlo todavía si se le dejaba subsistir. Pero los numantinos no estaban en el caso de hacer temer á los romanos la ruina de su imperio....»

Cayó Numancia, y las pocas ciudades vecinas que esperaban con ansiedad el resultado de sus esfuerzos, se fueron sometiendo á las vencedoras águilas romanas (2).

Decio Bruto habia sometido tambien á los galláticos y fuegido por ello los honores triunfales en Roma. Pero el recuerdo del patriotismo no se habia extinguido todavía en España.

CAPITULO IV

Sertorio

DESDE 133 ANTES DE J. C. Á 73

Paz que siguió á la destrucción de Numancia.—Q. Cecilio Metelo conquista las Baleares.—Nuevas insurrecciones.—En la Lusitania.—En la Celtiberia.—Sus causas. Su fin.—SERTORIO.—Quién era y cómo vino á España.—Primera y desgraciada campaña de Sertorio.—Pasa á Africa.—Vuelve llamado por los lusitanos.—Su conducta con los indígenas.—Mutuo amor entre los españoles y el caudillo romano.—La cierva blanca de Sertorio.—Triunfos y progresos de este insigne romano.—Crea en España senado, universidad, ejército y gobierno á la romana. Unesele por aclamación el ejército de Perpenna.—Viene contra él el Gran Pompeyo.—Vicisitudes de la guerra.—Victorias de Sertorio.—Desvanecimientos de Metelo.—Ridículas farsas.—Apurada situación de Pompeyo y engrandecimiento de Sertorio.—Edicto de Metelo pregonando su cabeza.—Traición y alevosía de Perpenna.—Muere Sertorio asesinado.—Merecida muerte de Perpenna.—Heróica defensa de Calahorra.—Sométese la España á Pompeyo.

Destruída Numancia, quedó España por mas de veinte años en paz: no la paz de la conformidad y de la resignación, ni menos la paz del contentamiento, sino aquella especie de inmovilidad en que queda un pueblo aterrado con ejemplos de altas venganzas. Continuaron los romanos teniendo sometida á un gobierno militar, como país conquistado, si bien alteraron algo la forma, dividiéndola en diez distritos bajo la inspección de otros tantos legados. Si bajo la opresión en que vivían los españoles se levantaban algunas bandas armadas y recorrían el país, tratábanlas como á partidas de salteadores y bandidos, y como á tales las califican los historiadores romanos. ¿Quién sabe si aquellos hombres obrarían á impulso de mas nobles fines? ¿No habian llamado tambien á Viriato

(1) *Nullius belli causa iniustus*: son las expresiones de Floro.

(2) Todavía en el término de Garray, en que estuvo esta ciudad de gloriosa y eterna memoria, se encuentran diariamente ídolos, medallas, bustos, huesos humanos, instrumentos bélicos, monedas de oro, plata y cobre. En 1825 un jornalero, sacando piedra, halló un magnífico collar de plata de peso de 18 onzas, del cual se fabricó el copon que hoy sirve en la parroquia para las santas formas. Y en 1844 se encontró todavía un idóllito de metal de un palmo de alto. Algun monumento debía estar recordando siempre á la posteridad en aquel sitio el heroísmo de nuestros mayores.

un bandido? Pero estas partidas fueron fácilmente exterminadas. El resto de España callaba y sufría.

El único suceso de importancia que de este tiempo nos han dejado consignado las historias, es la expedición del cónsul Q. Cecilio Metelo á las Baleares, cuya conquista le valió el sobrenombre de *Baleárico*. No sin resistencia se dejaron subyugar los célebres honderos mallorquines, pero una vez vencidos, aquellos rústicos isleños que hasta entonces habian habitado en grutas campestres, fueron atraídos á la vida civil y sometidos á un gobierno regular. Palma y Pollenza se hicieron al poco tiempo ciudades romanas.

Aquella quietud en que habian quedado los españoles hubiera podido ser duradera, si los gobernadores romanos hubieran tratado con mas consideración y miramiento á los vencidos. Pero volvieron al antiguo sistema de las exacciones, de las violencias y de las rapiñas, y los españoles que tampoco tenían sino amortiguados sus antiguos instintos de independencia, y la inveterada aversión á la coyunda romana, alzaronse de nuevo, siendo los primeros á renovar la lucha los fieros é indomables lusitanos (109). Quince años la sostuvieron contra los Pisones, los Galbas, los Escipiones, los Fulvios, los Silanos y los Dolabellas, con varias alternativas y vicisitudes, hasta que agotados primero los hombres que el valor, fué ya fácil á Licinio Craso enseñorear un país casi yermo ya de guerreros.

No se habia sometido aun la Lusitania, cuando estalló nueva insurrección en la Celtiberia (99). El senado romano tuvo el mal tacto de encomendar su represión á Tito Didio Nepote, que vino á cometer los mismos desafueros, desmanes y felonías de que habian dejado tan triste memoria los Lúculos y los Galbas. No decimos esto por la astucia con que ganó la primera batalla sin haber vencido (1); ni porque destruyera la ciudad de Termes, siempre hostil á los romanos, y obligara á sus moradores á bajar á habitar en la llanura; ni porque rindiera á Colenda (hoy Cuellar), despues de siete meses de asedio. Comenzó sus demasías vendiendo como esclavos á los valerosos habitantes de Cuellar, sin exceptuar las mujeres y los niños. Llamó despues á los moradores de las vecinas comarcas, algunos de los cuales por su extremada pobreza dicen se habian dado á robar, ofreciendo repartirles el territorio de la ciudad vencida. Acudieron aquellas gentes bajo la fe de su palabra á cultivar las tierras que á cada uno habian tocado, y cuando los tuvo á su disposición los hizo degollar á todos bárbara y alevosamente (2). Así civilizaban ellos la España! Y á los que se levantaban á vengar tamañas iniquidades los llamaban bandidos y salteadores! Esta perfidia no impidió que su ejecutor triunfase en Roma.

Ocurrió por entonces (98) un suceso que fué causa de que empezara á sonar en España el nombre del ilustre personaje con que hemos encabezado este capítulo, y que ejerció influjo grande en la condición social de la Península española. Altamente incomodados los habitantes de Castulon con los excesos y desenfadada licencia de la guarnición romana (que su mismo jefe no podia reprimir), determinaron, de acuerdo con los gerisenos, sus vecinos, vengar la insolencia de aquella soldadesca licenciosa. En una noche de invierno, cuando los soldados reposaban descansando de los excesos del día, cayeron sobre ellos los castulonenses, y ejecutaron no poca mortandad y estrago. Entre los que lograron salvarse huyendo de la ciudad lo fué el jóven Q. Sertorio, que los mandaba en calidad de tribuno. Reunió Sertorio á los fugitivos, y con ellos revolvió arrojadamente sobre la ciudad, que sorprendida á su vez pagó con las vidas de muchos de sus hijos el atrevimiento de la noche. Sabedor de la complicidad de los gerisenos, dispúsose tambien á castigarlos, y disfrazán-

(1) En el primer encuentro que tuvo con los celtiberos murió mucha gente de una y otra parte, pero la victoria habia quedado indecisa. Llegó la noche, y Didio hizo retirar silenciosamente del campo los cadáveres romanos. Cuando al amanecer del día siguiente observaron los celtiberos que casi todos los muertos que yacían en el campo de batalla eran españoles, creyéronse vencidos y se le rindieron. Hasta aquí solo hay un ardid de guerra. App. de Bell. Hisp.
(2) Id. pág. 535.—Tit. Liv. Epist.—Eutrop. lib. IV.

do á sus soldados con los vestidos de los mismos habitantes de Castulon, encaminóse á la ciudad vecina, que tomándolos por sus amigos les franqueó sin dificultad sus puertas. Una vez dueño de la población, la escarmiento con todo el rigor de las leyes de la guerra. Así aquel Sertorio, á quien despues habremos de ver tan dulce, tan humano, tan amigo de los españoles, comenzó su carrera en España con dos sangrientas ejecuciones. Tan familiarizados estaban entonces los romanos con la crueldad! Y en verdad que en aquella ocasión los españoles habian dado justo motivo á su resentimiento.

Desde España fué destinado este Sertorio á cuestor de la Galia Cisalpina, donde se hizo ya notable por su valor. En aquella campaña perdió un ojo, cuya circunstancia hizo decir á Plutarco: «Sertorio.... tuerto como Aníbal, como Antígono y como Filipo, á ninguno de ellos fué inferior en claridad de entendimiento, pero lo fué á todos en fortuna, que le fué mas adversa que á sus enemigos (3).» En la famosa guerra civil que estalló en Roma entre Mario y Sila, guerra en que España se mantuvo neutral, limitándose á dar hospitalidad á los emigrados de uno y otro bando, Sertorio, ya por odio á la tiranía, ya por resentimiento hacia la facción de Sila que le habia rehusado el consulado, se declaró por el partido de Mario, sin que por eso aprobara nunca sus sanguinarios excesos. Cuando se hizo dueño de Roma, Sertorio fué comprendido en la proscripción de aquel tirano. Entonces se refugió á España, así por buscar en ella un asilo, como para suscitar aquí enemigos á Sila. Sertorio era sagaz, y conocía el secreto de ganarse el afecto de los españoles, secreto reducido á tratarlos bien y á ser generoso con ellos. Comenzó por ayudarlos á sacudir el yugo de los codiciosos pretores, y con esto se atraía á varias ciudades de la Celtiberia, que olvidando el antiguo hecho de Castulon, le reconocieron por pretor de la provincia. Dedicóse á aliviarles los tributos, acuarteló las tropas para relevar á los pueblos de la incómoda y pesada carga de los alojamientos, y con otras semejantes medidas logró encender en los pechos españoles la misma llama que ardía en el suyo contra la tiranía de Sila; y habiéndosele agregado muchos romanos de los que habia en España enemigos del dictador, juntó un ejército de nueve mil hombres con que se puso en actitud de hacer frente al dominador de Italia.

Noticioso de esto Sila, despachó contra él á Cayo Annio por las Galias con grande ejército. Sertorio por su parte envió á Livio Salinator con la mayor fuerza del suyo para que le interceptase el paso de las gargantas de los Pirineos. No se atrevió Annio á disputar á los soldados de Sertorio aquellos desfiladeros. En su lugar recurrió á la traición. Annio era digno lugarteniente de Sila. Logró ganar con dádivas á uno de los que militaban en las filas enemigas, el cual asesinó traidoramente á su jefe. Con esto sus tropas se desbandaron, pasándose unas á Annio y volviéndose otras á Sertorio, que no pudiendo sostenerse en España con el pequeño ejército á que quedaba reducido, determinó pasar á Africa. Signióle Annio con una flota que sacó de Cartagena. Desde entonces se ve á Sertorio correr todos los azares de la suerte de un aventurero, ya apoderándose momentáneamente de Ibiza, ya dispersada por una borrasca su pequeña flotilla, ya meditando pasar á las Islas Afortunadas, y ya volviendo á Africa, donde ganó algunos triunfos contra las tropas que allí enviaba Sila.

En tal situación recibe un mensaje de los lusitanos, convidándole á que viniera á ayudarlos á sacudir la tiranía romana. Con gusto accedió Sertorio á una solicitud que le proporcionaba ocasión y medios para combatir al tirano. Embarcóse pues con dos mil quinientos soldados y setecientos auxiliares de Africa, y burlando la vigilancia de los que en la costa bética intentaron impedir su desembarco, consiguió incorporarse con un cuerpo de cinco mil lusitanos que le esperaba (81). Mas afortunado ahora que la vez primera en los diferentes encuentros que tuvo, hallóse al poco tiempo al proscrito de Sila dueño de una gran parte de la Bética, de la Lusitania y de la Celtiberia. Con siete mil hombres batió á cuatro generales romanos. Con estas hazañas y el amor que mostraba á los

(3) Plut. Vit. Sertor.

españoles, corrían estos gustosamente á alistarse en sus banderas. Veían en Sertorio un general de talento, de arrojo, de carácter amable, y aunque extranjero, protector de su libertad: porque él les repetía frecuentemente que no descansaría hasta librar la España de la opresión en que tan inmerecidamente gemía: que él mismo no tenía ya más patria que España, y que ó la fortuna y los dioses le habían de ser muy adversos, ó había de verla una nación grande, independiente y libre. Creíanle los españoles, porque estas palabras venían del hombre que cuando fué pretor les había rebajado los impuestos,



C. ANNO (1)

tos, y sobre todo porque las obras iban guardando consonancia con las promesas. El organizó y equipó el ejército español á la romana, y supo lisonjear su orgullo dándole hasta brillantes armaduras y lujoso vestuario. El botín lo distribuía íntegro entre los soldados, no reservando nada para sí. Era un Viriato que reunía además la política de la civilización romana.

Conociendo el influjo que lo maravilloso ejerce sobre los pueblos todavía rudos, tenía y llevaba siempre consigo una cierva blanca, á imitación de Numa y de la ninfa Egeria, y á ejemplo del mismo Mario y de la mujer siria que le acompañaba siempre. Persuadió Sertorio á los sencillos y supersticiosos españoles que por medio de la cierva se comunicaba con los dioses, y principalmente con Diana. Hízoles creer que la cierva le revelaba los secretos del porvenir, y cuando por sus espías sabía anticipadamente algún suceso favorable, aparecía la cierva coronada de flores como fausto agüero, de un acontecimiento próspero. Diestramente amaestrada, acercábasele entonces al oído, como para inspirarle la resolución que debía tomar. Miraban los españoles la misteriosa cierva con el más religioso respeto.

No podía el orgulloso Sila soportar en paciencia el engrandecimiento y prestigio que Sertorio iba tomando en España. Derrotados los generales que contra él había enviado, fué preciso que viniera el viejo Metelo Pio, acreditado por su prudencia, que se había hecho hasta proverbial. Pero Sertorio era más joven, era vigoroso y ágil; sus tropas, aunque inferiores en número, peleaban con el denuedo de quien defiende su libertad, tenían fe en su caudillo, y estaban acostumbradas á guerrear sin provisiones, sin tiendas y sin embarazos. Conocedor de todos los pasos y senderos, tanto como el más práctico cazador del país, sabía atraer al enemigo con sus tropas ligeras allí donde las pesadas legiones romanas no podían maniobrar libremente, ó donde conocía que había de faltarles el agua ó los víveres. Entonces caía de repente sobre ellas

(1) Para la mejor inteligencia de la parte numismática, debemos advertir á nuestros lectores que desde la página 25 en adelante irán al pie del grabado de cada moneda una ó dos iniciales indicando el metal de que estaban hechas: así, AV representará las monedas de oro, AR las de plata, AE las de cobre y V las de vellón ó plata baja.

con sus españoles. Así fatigó al anciano Metelo, que no pudo resistir los efectos de tan sabia táctica. Puso Metelo sitio á Lacobriga, y cortó las aguas á los sitiados. Sertorio tuvo astucia para introducir en la ciudad hasta dos mil cueros llenos de agua, con otros bastimentos. Obligó á levantar el sitio, y le derrotó en la retirada. No pudo Metelo hacer que progresara en España la causa del dictador.

La parte militar no era solo de lo que cuidaba Sertorio. Tan político como guerrero, quiso hacer de España una segunda Roma. Dividióla al efecto en dos grandes provincias ó distritos; *Evora*, donde él tenía habitualmente su residencia, era la capital de la Lusitania: á *Oscá* (hoy Huesca) hizo capital de la Celtiberia. En *Evora* estableció un senado, compuesto de trescientos senadores, en general romanos emigrados (2): este senado ejercía la potestad suprema sobre ambas provincias, y tenía bajo su dependencia pretores, cuestores, tribunos, ediles y demás magistrados á estilo de Roma. Lo único que no tomó de su ciudad natal fué un título para sí: modestia, ó política, es lo cierto que no quiso intitularse ni emperador, ni dictador, ni aceptar otro dictado que significase suprema magistratura. En *Oscá*, ó Huesca, creó una escuela superior, especie de universidad, donde se enseñaba la literatura griega y latina á los jóvenes de las principales familias españolas. Esta educación, que equivalía á un privilegio aristocrático, daba el nombre y derechos de ciudadanos romanos, y abría el camino á las magistraturas y á los cargos públicos. El mismo Sertorio solía asistir á los exámenes de esta escuela, y distribuir por sí mismo los premios de aplicación. Este instituto, al mismo tiempo que servía para ir civilizando á los españoles, servíale también para tener allí reunida y como en rehenes la juventud más distinguida de España. Sin embargo, ¿qué más hubiera podido hacer ningún español? ¿Y cómo no habían de amarle los españoles, sin mirar que fuese romano?

Vinóle á Sertorio un refuerzo de donde menos lo podía esperar. Otro romano proscrito por Sila, Perpenna, que había vivido retirado en Cerdeña, encontróse por la muerte de Lépido al frente de veinte mil hombres. Seducido por los brillantes progresos que en España había alcanzado otro proscrito como él, vino también á la Península con la esperanza de atraerse un partido. Pero arrastrados sus soldados por la fama y el prestigio que gozaba Sertorio, pidieron á una voz reunirse á él. Perpenna tomó el único partido que le quedaba: ceder y someterse mal de su grado á ser el segundo de Sertorio.

La muerte de Sila (79) libertó á Roma de su dura tiranía, y parecía deber esperarse que hubiera dejado también respirar á España. Pero entonces fué cuando el senado, identificado con la causa de aquel dictador, opuso á Sertorio un adversario formidable, el joven Pompeyo; «triumfador, dice Plutarco, antes de tener pelo de barba,» y á quien Sila, que conocía bien su mérito, había decorado con el título de *Grande*.

De este modo se encontraban á un tiempo en España cuatro célebres generales romanos, dos de un bando, y dos de otro. Metelo y Perpenna eran capitanes experimentados, pero viejos: Sertorio y Pompeyo jóvenes fogosos y ardientes. Metelo y Pompeyo, que defendían una misma causa, reunían sesenta mil hombres; Sertorio y Perpenna sobre setenta mil, comprendiendo ocho mil jinetes españoles, organizados á la romana por Sertorio, y en brillante estado.

Era Pompeyo arrogante y presuntuoso; había ofrecido que en pocos meses daría buena cuenta de los restos de la *facción de Mario*, que así llamaba por desprecio al ejército de Sertorio. Tenían este y Perpenna cercada á Laurona (*Liria* en la provincia de Valencia). Acudió Pompeyo y envió á decir con jaetancia á los lauronenses: «que no tardarían en ver sitiados á sus sitiadores.» Súpulo Sertorio, y respondió: «Yo enseñaré á

(2) «Ordenó, dice Mariana, un senado de los españoles principales.» Lib. III, cap. 12. En casi todos los escritores hemos hallado que aquel senado se compuso de romanos exclusivamente, y aun añaden que esto fué causa de que los españoles empezaran á disgustarse de Sertorio. Todo induce á creer que si algún español pudo ser admitido en aquella asamblea, la gran mayoría por lo menos debió ser de romanos, así por su mayor ilustración, como por ser sabido que Sertorio en el fondo de su corazón se conservó siempre romano, y que su defecto para España fué no haber querido renunciar nunca á ser ciudadano del Tíber.

ese aprendiz de Sila que un buen general mira más detrás de sí que hacia adelante. Y en efecto, cuando Pompeyo pensaba cercar al enemigo, encontróse él cercado por todas partes. La pérdida de diez mil hombres fué la primera lección que recibió la vanidad de Pompeyo, y la ciudad fué tomada é incendiada á su vista (76). Aun pudieron calentarle sus llamas. Metelo y Pompeyo se retiraron á las faldas de los Pirineos; Sertorio y Perpenna volvieron á la Lusitania (77).

Al año siguiente un cuerpo del ejército sertoriano mandado por Hirtuleyo, fué derrotado por Metelo en Itálica, muriendo el mismo Hirtuleyo con diez y ocho mil de los suyos, que fué horrorosa mortandad si los historiadores no la exageran. Entre tanto Sertorio tomaba á Contrebia, una de las más fuertes plazas romanas, en cuyo sitio se habla de haberse empleado el combustible aplicado á las minas para volar las murallas, cuyos efectos asustaron á los sitiados y los movieron á rendirse (1).

Muchos fueron los encuentros, combates y batallas que se dieron entre los cuatro ejércitos, ya reunidos, ya separados, ora regidos por los principales generales, ora por sus lugartenientes, de que fuera enojoso é inútil contar todos los lances y pormenores. En una ocasión (75), en los momentos de ir á empeñarse una acción entre Sertorio y Pompeyo, llególe á aquel un mensajero con la nueva de haber sufrido dos derrotas su aliado Perpenna. Conocía el mal efecto que en ocasión tan crítica habría de hacer aquella noticia en sus tropas, y para que nadie pudiera saberla más que él atravesó con su propia espada al desgraciado mensajero de aquella nueva fatal. Y como en medio de la lucha viera desordenarse y cejar su ala izquierda: «¿dónde están mis españoles? gritó; ¿dónde están esos españoles que han jurado defenderme hasta la muerte? Id, id á vuestras casas, que para buscar la muerte basto yo solo.» Y picando los ijares á su caballo se precipitó temerariamente sobre las primeras filas enemigas. Realteraron aquellas palabras el valor de los fugitivos, y volviendo denodadamente á la pelea, se declaró el triunfo por los españoles, á tal punto que hubieran aniquilado el ejército enemigo, sin la casualidad feliz para Pompeyo de haberse aparecido Metelo y llevádole oportuno socorro. Entonces fué cuando Sertorio pronunció aquellas célebres, incisivas y arrogantes palabras: «Sin la venida de esa vieja (por Metelo), ya hubiera yo enviado á Roma á ese muchachuelo (por Pompeyo) muy bien azotado.»

Durante esta batalla extravióse su querida cierva, de lo cual dedujo (entiéndese que para sus soldados) que se la había arrebatado Diana, enojada por el poco ardor con que algunos se habían conducido en la refriega. Habiendo parecido después y saludádole con sus acostumbradas caricias, dijo que venía á comunicarle de parte de la diosa que se reconciliaba con los españoles y los favorecería siempre, con tal que ellos no volvieran á flaquear en los combates, como lo habían hecho por un momento el día anterior. Así sacaba partido el sagaz romano de la supersticiosa credulidad de los españoles.

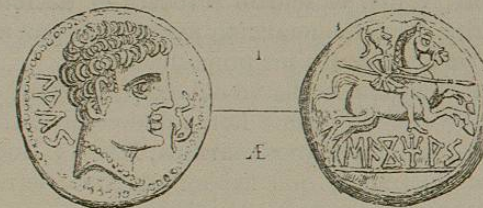
En otro encuentro cerca de Segontia (Sigüenza), en que hubo choques sangrientos, y alternativas varias (que ya los reveses mismos habían enseñado á Pompeyo á vencer), hirió Sertorio con su propia lanza al viejo Metelo, á quien por fortuna suya pudieron salvar los soldados cubriéndole con los escudos. Dió luego orden Sertorio á los suyos para que se diseminaran en pequeñas partidas y fueran á reunirse en Calahorra. Era un ardid de guerra. Súpose que irían á sitiarse allí los dos generales enemigos, y conveníale entretenerlos mientras por otro lado reclutaban sus oficiales nuevas fuerzas. Así se verificó todo. Cuando le pareció oportuno, hizo una salida repentina de la ciudad, y dejó burlados á los sitiadores. Hízose el anciano Metelo la ilusión de que aquello era una retirada, atribuyólo á miedo de caer en sus manos, y loco de alegría se decretó á sí mismo los honores del triunfo.

Preciso era que al buen anciano se le hubiera debilitado algo la razón con la edad, porque habiendo pasado á invernar á Córdoba, hacía que los pueblos de la Bética le dieran título y trato de emperador; presentábase en público coronada la

(1) Fragmento de Tito Livio, publicado por Giovenazzi y Brunks, y citado por Roméy.

cabeza y ataviado con las vestiduras triunfales; coros de jóvenes y doncellas cantaban sus victorias mientras comía, y entonaban himnos de alabanza compuestos por los más hábiles poetas. Representábanse en su presencia dramas alegóricos que tenían por objeto celebrar sus hazañas. El humo de sus imaginarios triunfos llegó á desvanecerle hasta el punto que

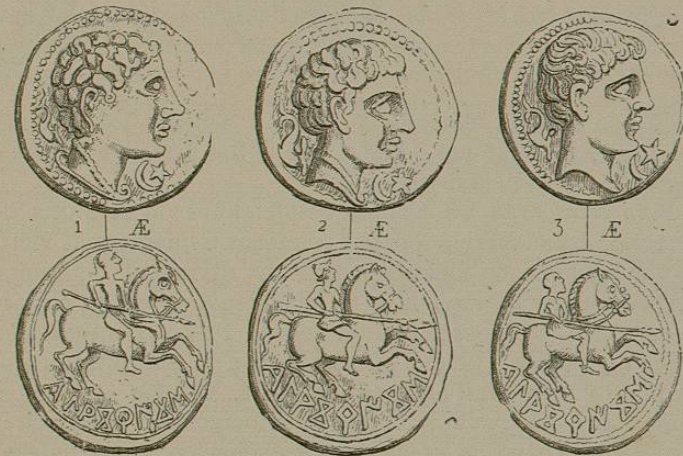
SEGONTIA (SIGÜENZA)



un día se hizo erigir un trono recamado de oro y plata en un magnífico salón cubierto de tapicería: sentóse en él el infatuado general, y mientras se quemaba incienso en honor del héroe, una *Victoria* bajaba del cielo y se dignaba asentar una corona sobre su cabeza con propia mano. No sabemos qué admirar más, si la fatuidad del que así se hacía divinizar, ó la baja adulación de los que cooperaban á la ridícula apoteosis. No quiso tampoco privarse de la gloria de poner su nombre á algunas ciudades, y entre ellas debió contarse la llamada Cecilia Metelina, acaso la moderna Medellín.

Mientras de este modo se hacía Metelo, con mengua y daño de su razón, tributar honores casi divinos, Sertorio reforzaba su ejército, le disciplinaba y ejercitaba, y poníale en estado

CALAGURRIS JULIA NASSICA (CALAHORRA)



de reparar sus pasadas quebras. Adoptando entonces un sistema de guerra semejante al de Viriato, á que ya antes había mostrado afición, por todas partes aparecían escuadrones y partidas sertorianas, que cayendo rápidamente sobre el enemigo le cortaban los víveres, le atajaban los desfiladeros, le interceptaban los caminos, y le hostigaban sin tregua ni descanso. Pompeyo y Metelo concertáronse para poner sitio á Palencia (75), ciudad que había dado siempre mucho que hacer á los romanos. Disponíanse ya á asaltarla cuando apareció Sertorio. Huyeron los enemigos, á quienes persiguió hasta los muros de Calahorra, donde les mató hasta tres mil. No les dejaba respirar, ni les daba tiempo para avituallarse; redújoles así á un estado de penuria insoportable á tropas regulares; aproximábase otro invierno, estación en que comunmente nada se atrevían á emprender en España los romanos, y todas estas causas reunidas movieron á Metelo á retirarse á su predilecto país de la Bética; Pompeyo traspuso esta vez los Pirineos y no paró hasta la Galia Narbonense.

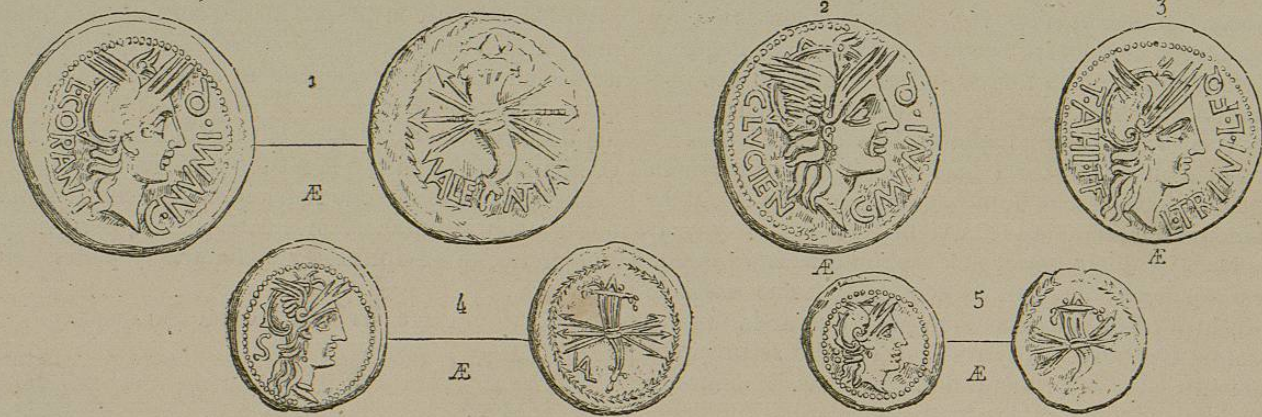
Desde allí escribió al senado aquella célebre carta en que le decía: «He consumido mi patrimonio y mi crédito: no me queda más recurso que vos; si no me socorreis, os prevengo, mal que me pese tendré que volver á Italia, y tras de mí irá todo el ejército, y detrás de nosotros la guerra española (2).»

(2) Sallust. Hist. Lib. III.

Este era aquel Pompeyo que había venido á España con infu-
las de acabar con Sertorio en contados meses. Hubiera podido
entonces Sertorio cruzar la Galia y los Alpes como otro
Aníbal, y mas contando con las simpatías de muchos pueblos
de Italia. Pero Sertorio no quería dejar de ser romano. Amaba
á su patria, donde tenía una madre á quien idolatraba, y de
cuyo extraordinario amor filial no hay historiador que no
haya hecho especial mérito. Su deseo era regresar á Italia
pacíficamente, y que el senado revocara el decreto que le
tenía proscrito. Con esta condicion proponía la paz, pero tuvo
el dolor de ver rechazadas sus proposiciones.

Entre tanto España se iba amoldando al gobierno y á las
costumbres de aquella misma Roma que combatía: los espa-
ñoles se llamaban ciudadanos romanos; Evora y Huesca eran
ya ciudades ilustradas, que habían adoptado letras, artes,
idioma y legislación romanas: el mismo Sertorio se vanagloriaba
de haber hecho una Roma española, de haber trasladado
Roma á España (1).

VALENTIA (VALENCIA)



tado con aquella cláusula, y envió á Sertorio los tres mil
talentos y las cuarenta galeras, que él fué á recibir á Denia,
ganando á Valencia de paso (74).

Pero estos eran los últimos resplandores de la gloria de
Sertorio. Aquel Metelo que por pequeñas ó imaginarias victo-
rias se había hecho incensar como una divinidad, determinó
deshacerse por la traición de un enemigo á quien no obsta-
nte todas sus ilusiones no podía vencer. Pregónó entonces su
cabeza, y púsola á precio, ofreciendo por su vida mil talentos
de plata y veinte mil arpentas de tierra. Y como esto coinci-
diere con haber recibido Pompeyo refuerzos que el senado le
enviaba en virtud de su enérgica reclamación, y con haberse
empezado á notar deserción en las filas sertorianas de parte
de los soldados romanos, que estaban viendo el instante en
que se quedaban sin su jefe, mil negros presentimientos co-
menzaron á ennublar y turbar la imaginación ya harto
melancólica y sombría de Sertorio. Recelando de la lealtad
de los romanos, su mismo recelo le hacía tratarlos con aspe-
reza y severidad. Habiendo confiado la guardia de su persona
exclusivamente á españoles, esta preferencia excitó en aque-
llos el resentimiento y la envidia, y poco á poco le iban aban-
donando. Entonces pudo conocer de parte de quién estaba la
lealtad, y cuán injusta había sido la predilección con que
antes había mirado á los romanos sobre los indígenas, pero
era ya tarde.

Mortificado además con la perpetua ansiedad que le agi-
taba, obróse en su carácter un cambio completo. El negro
humor que le dominaba hizole áspero, duro, caprichoso y
cruel. Aprovechándose de esta disposición sus tropas, vejaban
los pueblos con todo género de violencias y extorsiones, pre-
gonando que lo hacían de orden de su jefe. Y como el edicto
de Metelo le hiciese ver en cada uno de los que le rodeaban

(1) Pensamiento que expresó el gran Corneille en una de sus tragedias
con aquel célebre verso que puso en boca de Sertorio:

Rome n'est plus dans Rome, elle est toute où je suis.
Roma no está ya en Roma, está donde estoy yo.

La fama de las proezas de Sertorio había llegado al Asia; y
Mitrídates, rey del Ponto, que buscaba en todas partes ene-
migos á Roma, al tiempo de renovar por tercera vez la guerra
contra los romanos, despachó embajadores á Sertorio solici-
tando su alianza. Estos, despues de compararle á Pirro y
Aníbal, le ofrecieron á nombre de su rey una suma de tres
mil talentos y cuarenta galeras equipadas para combatir á los
romanos en España, con tal que él le enviara un refuerzo de
tropas al mando de uno de sus mejores oficiales. Pero Serto-
rio, fiel á la causa de su patria, contestó con dignidad, y aun
con algo de altivez: «No acrecentaré yo nunca mi poder con
detrimento de la república; decidle que guarde él la Bitinia
y la Capadocia que los romanos no le disputan, pero en cuan-
to al Asia Menor no consentiré que tome una pulgada de
tierra mas de lo que se ha convenido en los tratados.» Cuando
esta contestación le fué comunicada á Mitrídates, exclamó:
*Si tales condiciones nos impone hallándose proscrito, ¿qué
sería si fuese dictador en Roma?* Sin embargo, aceptó el tra-

un conspirador y un aspirante al premio de su muerte, á tal
punto se extravió su razon, que hizo perecer en el suplicio
una parte de los jóvenes nobles que se educaban en Huesca,
vendiendo á otros como esclavos. Tan cruel desahogo de su
exaltada bilis acabó de exacerbar los ánimos con gran satis-
facción de los que trabajaban por hacerle odioso, y muchas
ciudades se entregaron á Metelo y Pompeyo, que con tal
motivo caminaban boyantes y victoriosos.

No eran, sin embargo, infundadas las zozobras del inquieto
y desatentado general. La conjuración existía. El viejo Per-
penna, que desde el principio se había resignado mal á ocupar
un segundo puesto en el ejército, era el alma de la conspira-
ción, en la cual había hecho entrar á muchos oficiales. «Para
honor de España, dice un escritor extranjero, hay que con-
fesar que ninguno de los conjurados era español; todos eran
romanos.» El cobarde Perpenna discurrió ejecutar su abomi-
nable proyecto en un festín, pero era difícil hacer concurrir
á él al melancólico y mal humorado Sertorio. Para conseguirlo
fingió una carta en que uno de sus lugartenientes le noti-
ciaba una victoria alcanzada sobre los enemigos, y díjole que
para celebrarla se había dispuesto un banquete. Asistió, pues,
Sertorio. Los convidados se entregaron de propósito á una
inmoderada alegría. En medio de ella dejó caer Perpenna
una copa de vino; era la señal convenida: el que se sentaba
al lado de Sertorio, le atravesó con su espada; quiso el des-
graciado incorporarse, pero sujetándole el asesino al respaldo
del sillón, cosióronle á puñaladas los demás conjurados.
Desastroso y no merecido fin del hombre á quien los espa-
ñoles llamaban el Aníbal romano, y que por espacio de ocho
años había estado haciendo dudar si la España sería romana,
ó si Roma sería española (73).

Segun Vellejo Patérculo, esta trágica y horrorosa escena se
verificó en *Etosca*, hoy Aitona, á algunas millas de Lérida.

Si en los traidores pudiera tener cabida el pundonor, debió
Perpenna haber muerto de remordimiento y de bochorno,
cuando abierto que fué el testamento de Sertorio se vió que
le tenía nombrado heredero y sucesor suyo. Tan horrible
pareció á todos entonces la perfidia, que faltó poco para que

fuese despedazado. Reservábase, no obstante, Pompeyo el
castigo que merecía su detestable hazaña. Apenas se posesio-
nó de su ambicionado puesto de general en jefe de las tropas,
le atacó Pompeyo y le derrotó completamente. El cobarde
Perpenna se había escondido entre unos matorrales: de allí
le sacaron unos soldados: el traidor quiso evitar la muerte
presentando á Pompeyo las cartas cogidas á Sertorio, en las
cuales se cree resultaban comprometidos muchos personajes
de Roma. Pompeyo con loable generosidad las hizo quemar
sin leerlas, y mandó dar muerte al execrable traidor con
algunos de sus cómplices. Uno de ellos, Anfidio, fué á Africa
á arrastrar una vida infame y mísera, mil veces mas desastro-
sa que la muerte.

En cuanto á los españoles, aquella guardia sertoriana de
devotos que habían jurado no sobrevivir á su amado jefe,
cumplieron con su fidelidad acostumbrada, haciendo el
sacrificio sublime, sin ejemplo en los anales de otros pueblos,
de quitarse la vida unos á otros. Imposible es llevar á mas alto
punto la *devoción* y la fidelidad, el respeto á los juramentos,
el desprecio de la vida, y la austeridad y rigidez de costum-
bres. Tales eran los españoles de aquella edad. Así se ve con-
firmado lo que de ellos dijimos en el capítulo primero de esta
obra (1).

Fuéronse rindiendo á Pompeyo unas tras otras las ciudades
de España, algunas no sin resistencia. Terrible fué todavía la
de Calahorra. La pluma se resiste á dibujar el cuadro espanto-
so que ofreció esta ciudad en su obstinada defensa. El
hambre que se padeció fué tal, que segun Valerio Máximo, se
salaban los cadáveres para que pudiesen alimentar á los que
aun sostenían el peso de las armas... (2). Apartemos la vista
de las repugnantes escenas de aquella heroica barbarie.
Pompeyo destruyó la ciudad, y degolló con crueldad menos
heroica, pero no menos bárbara, el resto de sus infortunados
habitantes. Con la destrucción de Calahorra, acabó de some-
térsele la España.

Pompeyo y Metelo fueron á Roma á compartir los honores
del triunfo. Así acabó la famosa guerra de Sertorio.

CAPITULO V

Julio César en España

DESDE 73 ANTES DE J. C. HASTA 48

Primera venida de César á España.—Vuelve en calidad de pretor.—Car-
ácter ambicioso de César.—Su crueldad con los habitantes del monte
Herminio.—Va á la Coruña y á Cádiz.—Ley para corregir la usura en
España.—Enormes riquezas que saca de la Península.—Vuelve á Roma
y compra con ellas la dignidad consular.—Primer triunvirato romano.
Triunfos de César en las Galias.—Pasa el Rubicon y va á Roma
contra Pompeyo.—Se hace dictador.—Vuelve tercera vez á España.—
Asombrosa campaña en que vence á Petreyo y Afranio.—Somete
también á Varron en la Bética.—Hace á todos los moradores de Cádiz
ciudadanos romanos.—Vuelve á Roma y se hace otra vez dictador.—
Gobernadores de España.

Sossegada España despues de la guerra de Sertorio, aunque
no tranquilos los ánimos, sino reprimidos hombres y pueblos

(1) Cítase, aunque dudan todavía algunos de su autenticidad, el si-
guiente epitafio que aquellos heroicos españoles dejaron escrito:

HIC MULTE QUAE SE MANIBUS
Q. SERTORII TURBAE, ET TERRE
MORALIUM OMNIUM PARENTI
DEVOVERE, DUM, EO SUBLATO,
SUPERESSE TÆDERET, ET FORTITER
PUGNANDO INVICEM OCCIDERE,
MORTE AD PRESENS OPTATA JACENT.
VALETE, POSTERI.

«En este sitio numerosas cohortes se sacrificaron á los manes de
Q. Sertorio, y á la Tierra, madre de todos los hombres. Privados de su
jefe, la vida se les hacia una carga pesada, y combatiendo unos con otros
supieron darse la muerte, objeto de sus votos. Reciba la posteridad nues-
tro último adiós.»

(2) Val. Max. lib. VII, cap. 6.

bajo la férrea autoridad de los pretores, ningun acontecimiento
notable que la historia haya trasmitido ocurrió por algunos
años sino la venida de Julio César (69), que hubiera pasado
también desapercibida, puesto que era entonces un simple
cuestor militar, si este personaje no hubiera estado destinado
á desempeñar tan gran papel en España y en el mundo. En
esta ocasion se dejó ya revelar su grande alma; no con hechos
brillantes, sino con una que podríamos llamar heroica flaqueza.

Visitando los pueblos en ejercicio de su cargo llegó á Cádiz,
y habiendo visto en el famoso templo de Hércules el busto de
Alejandro el Grande, dicen que lloró contemplando que á la
edad en que Alejandro había conquistado ya un mundo, él no

ETOSCA (AITONA)



había hecho nada memorable (3). Sin embargo, no se había
ocultado ya á la perspicacia de Sila ni la ambición ni los altos
pensamientos de César, puesto que antes de esta época había
dicho ya de él: «Este joven llegará á ser otro Mario.» Nada
hizo entonces en España digno de especial mención. Ansioso
de buscar ocasiones en que ganar gloria, regresó á Italia, donde
fué obteniendo diferentes magistraturas.

Nueve años despues volvió á España ya en calidad de pre-
tor (60). Ya entonces era conocido también su célebre dicho,
cuando al pasar por una miserable aldea de los Alpes dijo á
sus amigos: *Mas querría ser el primero en esta aldea que el
segundo en Roma.* A un hombre que venia poseído de tan
elevadas y ambiciosas miras, no podía contentarle el estado
de quietud en que encontró á España. Necesitaba, si no le
había, discurrir un pretexto que le proporcionara medio y
ocasion en que desarrollar la actividad de su genio y en que
adquirir méritos para ir conquistando aquella soberanía,
aquel primer puesto que tan anticipadamente ambicionaba.
Diéronsele, á falta de otro, los habitantes del monte Herminio
(sierra de la Estrella), de quienes supo que acudridos
inquietaban las comarcas vecinas de aquella parte de la Lu-
sitania, y á quienes excusado es decir que calificaba de bandi-
dos y salteadores. Fuése, pues, contra ellos al frente de quince
mil hombres, y so color de que sus casas eran unas guaridas
perpetuas de ladrones, las hizo derruir obligándolos á aban-
donar la montaña y establecerse en las llanuras, degollando á
los que rehusaban obedecer y persiguiendo á muerte á los
fugitivos. Algunos de estos montañeses, hijos de los que tan
temibles se habían hecho á Roma con Viriato y con Sertorio,
lograron en su fuga ganar una de las pequeñas isletas de la
costa de Galicia frente al puerto de Bayona, donde se creyeron
seguros de las lanzas romanas. Pero habiendo observado César
lo bajas que estaban las aguas por aquella parte, en balsas
que al efecto mandó construir despachó un destacamento de
sus tropas á la isla. Sobrevino luego la subida de la marea y
se llevó las balsas. No les hicieron falta á los soldados romanos
para volver; los herminioses los habían degollado á todos:
uno solo quedó con vida, Publio Sœva, que salvándose á nado
pudo llevar á César la noticia del desastre. Irritado el pretor
con tan humillante golpe, pidió una flotilla á Cádiz, y embar-
cándose en ella con bastante gente, acabó con todos aquellos
infelices, que el hambre tenía ya flacos, extenuados y sin
fuerzas para defenderse. Así comenzaban su carrera en España
todos los generales romanos.

Costeando desde allí César por el litoral de Galicia, arribó
al puerto Brigantino (hoy la Coruña), cuyos habitantes, acos-
tumbrados á navegar en botes ó barcas de mimbres forradas
con pieles, se sorprendieron grandemente á la vista de las
naves romanas, con sus infladas velas, sus altos mástiles y sus

(3) Sueton., in Vit. Caesar.